



CAPÍTULO III

ALCANCES Y LIMITACIONES EN LA IMPLEMENTACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN ACCIÓN PARTICIPATIVA (IAP)



3. ALCANCES Y LIMITACIONES EN LA IMPLEMENTACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN ACCIÓN PARTICIPATIVA (IAP)

Este capítulo contiene un panorama general de diversos factores comunitarios que pueden resultar favorables o no, a la hora de considerar las condiciones necesarias para el desarrollo de una experiencia de IAP. No se pretende hacer generalizaciones, sino mostrar una realidad particular de la Comuna 9, desde sus características y circunstancias particulares.

En la primera parte, se puntualiza en algunos aspectos mencionados de manera muy general en la caracterización de la Comuna 9, que representan los alcances y posibilidades. El primero de ellos está representado por los liderazgos independientes y con conciencia crítica que tienen capacidad para la acción, desde la visibilización de estructuras de oportunidad, en activos físicos, saberes acumulados, capacidad de gestión, entre otras.

Otro aspecto es el relacionado con la apertura y permeabilidad de algunas organizaciones de base desde las cuales podrían gestarse procesos articuladores entre ellas, más allá de su condición barrial; se destaca allí el protagonismo de la Institución Educativa Manuel Elkin Patarroyo. Más importante aún resulta la trayectoria organizacional y los aprendizajes colectivos que se generaron a lo largo de su historia fundacional, en el que las organizaciones de base obtuvieron logros que aún persisten en el tiempo, como los acueductos comunitarios y el puesto de salud.

Finaliza este componente con la transición que empieza a esbozarse en varios líderes y organizaciones en lo que hemos denominado: “Giro en la mirada”, aludiendo a la superación de las condiciones de dependencia estatal que subordinan el quehacer de estos y los ubica en condición de mendigos, sin el reconocimiento de sus recursos, potencialidades y capacidades para la autogestión.

En el componente sobre las limitaciones en la implementación de la IAP, se destacan aspectos relacionados con la pérdida de algunas Juntas de Acción Comunal, de su capacidad de ser constructoras de lo público y ejercen sus funciones con múltiples limitaciones por la baja claridad de sus funciones, roles y procedimientos; incluso la adherencia a partidos políticos les resta independencia y las ubica en prácticas clientelistas en el intercambio de favores; también es claro que en muchos barrios sus pobladores responden más a las personas que a las reglas

institucionalizadas de las organizaciones, reduciendo así oportunidad de procesos democráticos.

Un aspecto más mencionado allí, son los bajos niveles de participación de los pobladores de la Comuna en general, ya sea por falta de información, formación, descrédito, tiempo, desinterés, etc. Todos estos aspectos se sintetizan finalmente en la pérdida de membresía y capital social por parte de las Juntas de Acción Comunal y la Junta Administradora Local, que no logran constituir un sentido de lo colectivo y articularse por fuera de la división territorial del barrio. Más allá de la condición de las organizaciones comunitarias como las JAC, sus pobladores tampoco han mostrado un acentuado y colectivo protagonismo, pues han dejado en manos de las juntas directivas la responsabilidad de participar en la gestión de procesos de desarrollo para la Comuna y el barrio.

3.1 Alcances y potencialidades comunitarias para el desarrollo de la IAP

Según el horizonte que presenta la Comuna 9 descrito a lo largo de los capítulos anteriores, queda claro que se trata de un panorama complejo, podría pensarse que poco halagüeño en materia de posibilidades para la actuación, que hagan posible **el balance entre la investigación y la acción transformadora**; sin embargo, existen varios elementos que pueden ser favorables y que pueden perfilar rutas y ámbitos de trabajo del grupo de líderes de organizaciones, pobladores y líderes naturales que hicieron parte del equipo investigador. A continuación algunos planteamientos que podrían ser de mucha utilidad en esta tarea.

Si bien hay un sistema social y político, cuyas reglas y valores casi siempre influyen sobre la inacción de las comunidades de los barrios de la Comuna 9, en este lugar también aparecen liderazgos con cierto nivel crítico que no actúan en el vacío, por la manera como piensan y se mueven; se presagia que habría en ellos la capacidad de reconocer ciertos incentivos para la acción, la construcción de proyectos y la organización. Es el caso de los liderazgos de las Juntas de Acción Comunal de los barrios Villa María y Pueblo Sol Alto, así como las Juntas Administradoras de los Acueductos comunitarios de La Mariana, El Zafiro, Puerto Nuevo y la Junta administradora del Centro de salud comunitario del barrio La Mariana. Por la información recaudada en entrevistas con algunos de estos líderes y por su participación en talleres, se tiene que en dichas experiencias hay rupturas con el sistema clientelar y de cierto modo se guarda distancia frente a los programas estatales del nivel local.

Los liderazgos que logran destacarse manteniendo distancia de las estructuras partidistas, la politiquería y el asistencialismo estatal, estarían según lo manifiestan

Velásquez y González (2007), reconociendo la estructura de oportunidad que tiene su contexto y estarían moviéndose por ellas mismas conforme a tal estructura. Cabe decir que una estructura de oportunidad vendría a ser un conjunto de condiciones estructurales e institucionales (económicas, sociales, culturales, políticas) y de actores que favorecen y estimulan la acción de las organizaciones de base. Se trata de un entorno específico favorable al empoderamiento individual y de las organizaciones de base, que permite que sea la misma gente la que establezca pautas para la negociación de sus intereses y la realización de proyectos de vida valorados por ellos como deseables.

Es interesante establecer que cuando el sistema clientelar opera en un barrio posesionándose de la zona y sus dirigentes, va haciendo que la mirada de la estructura de oportunidad representativa del entorno, se pierda, quedando de algún modo subordinada al aparato clientelar. Algo similar ocurre cuando los agentes públicos no involucran a los pobladores en el diseño y formulación de sus intervenciones y desprecian el papel que pueden jugar los habitantes de los territorios en el control sobre las decisiones, los recursos y las finalidades de tales intervenciones.

Como ha sido una praxis habitual, cobra sentido que la estructura de oportunidad tenga sucedáneos: la mirada que se ha vuelto ya tradicional y que abunda en los sectores populares, según la cual las limitaciones de infraestructura, los problemas sociales y las dificultades ligadas a la pobreza son condiciones que solo pueden ser superadas mediante la ayuda asistencial de agentes externos, y la postura que no le confiere valor sustancial a las capacidades, saberes y habilidades endógenas de grupos, organizaciones y colectivos con asiento en la Comuna.

Cambiar estas nociones no es tarea rápida ni fácil; como lo advierten Velásquez y González (2007), al referirse a que tal cambio más de mentalidad, es escurridizo, especialmente entre quienes han sido beneficiarios de los programas de corte asistencial del Estado, por ejemplo. No obstante, es una labor apremiante e imprescindible que plantea un necesario giro en la mirada de parte del mayor número de dirigentes, organizaciones y residentes de los barrios, de cara a posibilitar la articulación de factores protectores y estrategias de afrontamiento del abuso y explotación sexual y, en general, la movilización social en la Comuna 9.

Como los cambios de mentalidad dependen de múltiples variables y factores, así como de un horizonte temporal que oscila entre el mediano y el largo plazo, se trata de puntadas iniciales para propiciar que dirigentes, líderes y pobladores empiecen a descentrar de sus esquemas y de su mentalidad, esa forma acostumbrada de ver el desarrollo y el bienestar de sus barrios y de la Comuna, como un asunto

exterior a esta, de incumbencia exclusiva de actores estatales y como vía expedita la dependencia de un padrínazgo clientelar.

Visibilización de la estructura de oportunidad: el nuevo foco precisará la valoración, sin importar qué tanto se tiene, de: recursos físicos e infraestructura, talentos, saberes acumulados, experticias, capacidades de gestión, fortalezas organizacionales, habilidades e inclusive rescoldos y potencialidades, presentes en los liderazgos, las dirigencias y en los pobladores. Esto de algún modo es parte constitutiva de la estructura de oportunidad. Habría que estimular el reconocimiento y la valoración de esa estructura existente y hacerla más visible.

La apertura y la permeabilidad de las organizaciones y los pobladores de la Comuna: estos son dos aspectos que condicionan en buena parte la operatividad de cualquier posibilidad de actuación. Como se identificó, uno de los factores no favorecedores de la articulación comunitaria para prevenir el abuso y explotación sexual tiene que ver con que el trabajo de las organizaciones de base está concentrado en la escala barrial y que la conexión entre ellas es poca; entonces resultaría en ceguera considerar que estas abrirán sus cerrojos y se agruparán sin mayores miramientos, cuando por muchos años han venido actuando así. El asunto pasa por pequeños acercamientos, formales e informales que vayan construyendo la confianza entre las distintas organizaciones barriales y sus directivas, y entre las organizaciones y los pobladores. Esto implica la construcción de una atmósfera de apertura, diálogo y escucha, que baje la tensión y las pugnas que pueda haber.

Funcionalmente hablando, los acercamientos pueden darse por fases, desde aquellas en donde el equipo investigador gane más posicionamiento y se conozca de modo más amplio su labor como colectivo de líderes comunales, maestros, amas de casa y residentes inquietos por las tramas del Abuso sexual.

La institución educativa Manuel Elkin Patarroyo (su sistema de escuelas integradas) sería un recurso preponderante para tal fin, porque el equipo de investigación podría relacionarse con las escuelas encontrando en ellas el ámbito preciso para: continuar con el proceso de hacerse visibles y posicionarse, conversar y sensibilizar a padres y madres de familia sobre el flagelo del abuso sexual y su presencia silenciosa en los barrios de la Comuna.

Las fases ulteriores podrían estar cifradas en el propósito de acercarse a las Juntas de Acción Comunal, tendiendo puentes al invitar paulatinamente a pequeños grupos de presidentes de junta a conversatorios sobre el abuso sexual y posicionando una agenda que tenga como epicentro el tema y algunos esbozos relacionados con la estructura de oportunidad que tiene la Comuna.

Seguidamente, se procede con fases de encuentro y diálogo del equipo de investigación con las dirigencias destacables de Villa María, La Mariana, Pueblo Sol Alto, Puerto Nuevo y el Zafiro; poniendo de relieve que su práctica sirve de insumo para propiciar cambios en las organizaciones y dirigencias de la Comuna.

El surgimiento de nuevas expresiones organizativas, puede considerarse como un recurso más del que se puede echar mano para considerar una acción articulada y efectiva para la acción transformadora. Antes, estas organizaciones comunitarias, como ya se mencionó, fueron gestoras de importantes logros para la zona como en el caso de las vías de acceso, al drenaje y los alcantarillados, a los que se empezaron a sumar nuevas preocupaciones emergentes que hicieron que líderes y dirigentes ampliaran sus formas de gestionar los problemas y las necesidades.

Algunos de esos ámbitos de actuación fueron la salud comunitaria, la educación formal, el acceso al agua potable y de manera más reciente, la gestión, resolución de conflictos y cultura de la convivencia pacífica. Estas experiencias han tenido una clara dinámica favorecedora de procesos educativos para la población y, así mismo, han exigido y propiciado que líderes y dirigentes se cualifiquen e incorporen al trabajo barrial la perspectiva de la planificación y el asesoramiento técnico.

En el caso de la Comuna 9, se tiene como nítido ejemplo la iniciativa del los Barrios Unidos de Oriente –BUO–, constituido por los barrios La Mariana, César Augusto, Villa María, El Divino Niño, La independencia, Libertadores, cuyo accionar organizativo ha logrado reconocimiento político, social y cultural en Dosquebradas, como quiera que en su experiencia estructuraron bajo el esquema de autogestión, cuatro acueductos comunitarios que surten a buena parte de la población y un centro de salud comunitario propio que funciona de forma gratuita e independiente. En estas experiencias ha jugado un destacado papel la Universidad Tecnológica de Pereira al acompañar, desde su facultad de Ciencias Ambientales, los proyectos de potabilidad y calidad del agua que los acueductos suministran. De igual manera lo hace la Facultad de Medicina, acompañando la propuesta del centro de salud comunitario.

En estas experiencias de servicios comunitarios hay valiosos saberes y experticias acumuladas, tanto en dirigentes como en vecinos. De una parte, se identifica el uso de autonomía e independencia de criterios en la manera en que fueron concebidas e implementadas estas ideas, quedando como un referente de “emancipación” de las estructuras clientelares.

En la actualidad, estas iniciativas se sostienen por el compromiso voluntario de nuevos líderes, tanto adultos como jóvenes, que desde hace más de una década alimentan su hacer con los criterios originales de acción comunitaria. Cualitativamente hay riquezas en la perspectiva de los Barrios Unidos de Oriente, que pueden nutrir e inspirar no solo al equipo de investigación sino a otras organizaciones y dirigentes.

Poder de convocatoria de la institución educativa Manuel Elkin Patarroyo y capital humano: este centro educativo representa uno de los activos de la Comuna, puesto que su nacimiento tuvo que ver con el proceso de planificación zonal participativa facilitado por el Área Metropolitana Centro Occidente (AMCO), a mediados de los años 80. En la MEP estudia el 90% de los niños, niñas y adolescentes de la Comuna. La institución goza de aceptación y un alto reconocimiento de la población en general. Cuenta además con el proyecto “Mesa de ciudadanía y sexualidad” liderada por un grupo de docentes y estudiantes. Desde esta instancia se vienen abordando algunas temáticas relacionadas con la prevención del uso y abuso de estupefacientes, el abuso y la explotación sexual, la salud sexual y reproductiva, entre otras.

Incremento de las posibilidades de actuación conjunta y articulada: una posibilidad de actuación conjunta se encuentra en la vinculación de los pasantes y practicantes de los programas de Etnoeducación y Desarrollo Comunitario, así como del programa de Pedagogía Infantil de la Universidad Tecnológica de Pereira. Este es un capital humano importante que puede articularse al proceso de ejecución del plan de acción y al programa de pasantes de la MEP.

La presencia de la Casa de Justicia de la Comuna: es otro de los activos comunitarios, surge del proceso de constitución del presupuesto participativo del municipio de Dosquebradas del año 2009. Su presencia no solo es una plataforma para la conciliación de diferendos entre vecinos; es también un recurso puesto al servicio de la ciudadanía para promover la participación social y comunitaria, la convivencia pacífica y la solidaridad.

La Casa de Justicia posee una serie de recursos logísticos (sala de reuniones, aula, equipos audiovisuales) que se encuentran a disposición de las distintas organizaciones con asiento en la Comuna. Pese a que lleva operando escasamente un año, la Casa es un centro de promoción permanente de lo comunitario, razón que la hace un actor institucional con legitimidad para convocar y respaldar un trabajo en red con las organizaciones.

Giro en la mirada: es una labor apremiante e imprescindible la transformación en la mirada, pasando de aquella concepción tradicional en donde las limitaciones

de infraestructura, los problemas sociales y las dificultades ligadas a la pobreza son condiciones que solo pueden ser superadas mediante la ayuda asistencial de agentes externos, a aquella en la cual la misma gente establece las pautas para la negociación de sus intereses y la realización de proyectos de vida valorados por ella misma como deseables.

El giro implica construir las condiciones para que dirigentes y líderes descentren de sus esquemas y de su mentalidad, esa forma acostumbrada de ver el desarrollo y el bienestar de sus barrios y de la Comuna como un asunto exterior a esta, de incumbencia exclusiva de actores estatales y creyendo que la vía expedita es el padrinazgo clientelar. De otra parte, implica repensar y replantear la excesiva importancia que se le ha conferido en los barrios a aspectos como las carencias, las necesidades, los faltantes, las inexistencias y las debilidades que como pobladores urbanos tienen.

En la nueva perspectiva deberá reubicarse, sin importar si es poco, lo que se tiene: recursos físicos e infraestructura, talentos, saberes acumulados, experticias, capacidad de gestión, fortalezas organizacionales, habilidades e inclusive rescoldos y potencialidades, presentes en los liderazgos, las dirigencias y en los pobladores. Esto de algún modo es parte constitutiva de la estructura de oportunidad. Habría que estimular el reconocimiento y la valoración de esa estructura existente y hacerla más visible.

La recuperación del sentido de valía y del sí mismo en los dirigentes y líderes: de una manera muy amplia, la noción de valía a la que nos referimos tiene que ver con la valoración o estimación propia y la sensación de mérito y auto apreciación por la tenencia de un conjunto de atributos, capacidades, valores, habilidades y potencialidades. Frente a esto, las comunidades barriales de la Comuna 9 siempre han jugado un papel marginal en los planes de desarrollo formulados por sucesivas administraciones municipales, en los cuales solo han figurado como cifras estadísticas o dato circunstancial. No ha sido mejor desde el repertorio de ardidés de los barones de la política local-regional, cuando ellos históricamente los han reducido a objetos transables y manipulables. Entre tanto, las legítimas aspiraciones de los pobladores y vecinos han sido postergadas por décadas de asistencialismo y burocracia estatal y opacada por la subordinación a la politiquería estatal y partidista. Como efecto, la aparición de baja autoestima en forma permanente, y cuasi generalizada pérdida de la propia valía.

Un paso hacia la recuperación de esta valía se puede dar cuando la persona participante en la investigación, en su papel de estimulador y agente provocador de la reflexión y el diálogo, promocióne jornadas itinerantes en los barrios para

responder colectivamente a la pregunta: ¿Dónde está la valía de este barrio y sus gentes? Serían sesiones convocadas para elaborar de manera participativa inventarios rápidos y balances sobre recursos y posibilidades de actuación. Apelando a estos inventarios es factible que dirigentes, líderes y pobladores de un sector en particular, sean provocados por la reflexión que implica este cuestionamiento.

En este espacio, las reflexiones provocarán el necesario giro en la mirada y podrán sumarse a la socialización de la estructura de oportunidad y el inventario de posibilidades elaborado por el equipo de investigación. Ambos elementos también contribuirían a dispensar un rebrote del sentido de valía de las comunidades y sus pobladores.

Por otro lado, también es necesario destacar varios aspectos de la Comuna 9 que dan cuenta de sus haberes y que se constituyen en un aprendizaje colectivo, altamente significativo como recursos y factores favorecedores en función de su articulación. En principio, se destaca en el **proceso de gestión fundacional una capacidad de adaptación y transacción social a la cual se puede apelar**: según lo manifiesta Forray (2002), la capacidad de adaptación de los pobladores de las periferias urbanas es alta, debido a que enfrentaron diferentes situaciones complejas; esto constituye a la larga un valor cultural que permitió a estos sujetos adecuarse a las reglas de juego de la ciudad, pese a que en principio se pudieron haber situado como marginales a la misma.

La capacidad de adaptación puesta a prueba en diferentes dimensiones de la vida cotidiana, permitió la creación de diversos escenarios de transacción o arreglo social dentro del espacio urbano, a partir de los cuales fue posible alcanzar conquistas y logros en el plano de la infraestructura, los servicios domiciliarios, la salud, el deporte, la educación y la organización. En este sentido, las transacciones sociales pueden concebirse como la existencia de formas y procedimientos para la resolución de necesidades, alianzas y acuerdos con organizaciones, agentes del Estado, facciones y grupos políticos.

Para Torres (2001), tal capacidad de adaptación igualmente está asociada a que los problemas y situaciones en lo cotidiano pasaron por el esfuerzo familiar o la convergencia de acciones puntuales de los vecinos de una calle o de un joven asentamiento, como traer el agua de la pila o de la quebrada, bajar la luz de un poste cercano, construir el alcantarillado. Tareas de este estilo pudieron realizarse sin necesidad de conformar un espacio organizativo formal y permanente, con simpleza; se trataba de la solidaridad y cooperación entre vecinos.

De otro lado, cuando el carácter o la magnitud de los problemas sobrepasaban la capacidad de los mecanismos tradicionales de solidaridad, como lo manifiesta Torres para el caso de los asentamientos populares urbanos en Bogotá, se generan formas asociativas más estables como las Juntas de Mejoras y los Comités de Barrio, que también centralizaban el trabajo comunitario y la relación con las instituciones externas.

En últimas, se podría decir que estas condiciones de la Comuna han configurado una considerable capacidad de adaptación de los pobladores de los barrios. Sus organizaciones debieron enfrentar y resolver diferentes situaciones complejas concernientes a la habitabilidad, las vías de acceso, los servicios básicos domiciliarios, la unidad gremial, la convivencia, la organización para el trabajo comunitario, entre otras. Las rutas y formas para solventar estos asuntos han sido diversas, algunos barrios dependieron en mayor medida de la presencia de agrupaciones políticas para tales realizaciones; en otros, hubo mayor influencia de organizaciones que aunque en el fondo tenían cierta intencionalidad altruista no dejaron de mostrar sus sesgos y vinculaciones con el juego político, como la sociedad San Vicente de Paúl y la Fundación Solidaridad por Colombia.

Frente a este panorama, resulta evidente que la Comuna 9 ha tenido importantes logros en la gestión de sus recursos para la promoción del bienestar de sus pobladores en diferentes órdenes: vivienda, salud, servicios públicos, entre otros. Así, la recuperación del sentido de valía y el giro en la mirada, sugerida anteriormente, está en estrecha relación con la capacidad para reconocer las fortalezas comunitarias que los ha llevado a gestar asuntos importantes para la zona.

3.2 Limitaciones en la implementación de la IAP

Las Juntas de Acción Comunal y su pérdida de estatus como constructores de lo público: cabe aclarar que las organizaciones comunitarias son mucho más que las Juntas de Acción Comunal: son en general organizaciones sin ánimo de lucro, llámese fundaciones, corporaciones, redes, asociaciones, ligas y otras formas asociativas. En su origen, surgen con una vinculación a algún tipo de comunidad que se establece como resultado de la cercanía geográfica entre las personas. Además de existir una unidad geográfica, existe también un elemento asociativo que tiene que ver con una característica del grupo o una preocupación común.

Dentro de las organizaciones comunitarias se encuentran las Juntas de Acción Comunal (JAC), estas son el órgano directivo y administrativo de las organizaciones comunales. Ahí justamente radica un problema: en las JAC no hay diferencia entre

el órgano que gobierna y el que ejecuta, esto se convierte en una fuente de conflicto, según lo aprecia Londoño (2002), y en una posible dificultad para su operación. En la medida en que todo el trabajo de la Junta es voluntario, entonces su capacidad de operación y administración de programas y recursos se limita por la disponibilidad de tiempo de sus dignatarios y por la confusión de tareas y funciones.

De otro lado, las JAC trabajan financiadas por sus propios recursos y estos se generan dentro de la comunidad, bien sea en aportes de los afiliados o mediante la realización de actividades como festivales, bazares, rifas y bajo la elaboración y venta de comestibles.

Si bien hoy por hoy las JAC están seriamente cuestionadas no solo en la Comuna 9, sino en casi toda la geografía nacional por ser proclive a la dependencia politiquera de agrupaciones partidistas y funcionarios públicos, cabría de todos modos un análisis de sus acciones y un balance de sus realizaciones.

De modo general, un punto a su favor tiene que ver con que gran parte de la infraestructura dotada y construida en campos y ciudades colombianas proviene en buena medida del aporte, la creatividad y decisión de este tipo de organizaciones comunitarias. Significaría que el impacto material de las JAC es incuestionable, si se recuerdan las múltiples limitaciones y dificultades de operación del Estado, quedando literalmente muchos satisfactores y realizaciones de cuenta de la gente.

En el caso concreto del área en estudio, hay una buena dosis de trabajo comunal guiado en su primera etapa por comités y grupos de trabajo articulados al tema del agua y la autoconstrucción de las viviendas. Paulatinamente, esos comités evolucionarían hacia la idea más formal de Juntas de Acción Comunal, a la par que los barrios iban resolviendo el asunto de la legalidad y su formalidad. Bien vale el reconocimiento, sin embargo, como dice Londoño (2002), hay que cuestionar algunos de los elementos que caracterizan la manera más reciente de agenciar y tramitar lo comunal en las JAC y buscar también su transformación y modernización.

En primer lugar, la práctica del clientelismo las sedujo y las cooptó; el clientelismo implica una larga amistad instrumental en la cual un individuo de más alto status socio-económico (patrón) usa su propia influencia y recursos para proporcionar protección y/o beneficios a una persona de menos status (cliente); a su vez, este corresponde al patrón al ofrecerle apoyo y asistencia general, incluidos sus servicios personales. (Leal y Dávila, 1990).

Se trata de provisión de bienes, servicios y cuotas burocráticas, financiados a través del erario público, a cambio de lealtades político-electoral permanentes.

La realidad es que en su mayoría los barrios y sus JAC en la Comuna 9, salvo contadas excepciones, sucumbieron al asedio de cabecillas y jefes políticos de las colectividades políticas tradicionales de Dosquebradas y de Pereira.

Bajo la perspectiva del origen y los primeros momentos de las JAC en los primeros barrios de la que es hoy la Comuna 9, estas organizaciones se situaron como actores sociales de primera línea. En el presente, ese papel está cuestionado porque su capacidad de agenciar todo tipo de intereses colectivos quedó anclada en lo fundamental a hacer lobby para obras de infraestructura y a la tramitación de vinculaciones de vecinos a programas de asistencia estatal. Otros aspectos de mayor trascendencia como el incidir sobre una mejor construcción de la ciudadanía u opciones de desarrollo comunitario y barrial, legitimados desde abajo por los mismos pobladores, han quedado en el desván.

Frente a este aspecto y de manera crítica, Jairo Chaparro (2002) considera que la razón de ser de los actores sociales radica en un trabajo dirigido a crear, consolidar o modificar bienes públicos materiales o inmateriales, incrementando la calidad, la transparencia y la distribución equitativa de los mismos. Dice además que cuando una organización, llámese como se llame, pierde ese Norte, pierde la condición de actor social, esto es, pierde la condición de constructor de lo público.

Esa pérdida ha tenido unas profundas repercusiones sobre los barrios que componen la Comuna 9, sobre su capital humano en general, el hábitat y la calidad de vida, las relaciones sociales e intracomunitarias, situación que se puede sintetizar de la siguiente manera:

- Subordinación de las aspiraciones comunitarias a los intereses económicos y políticos de los partidos tradicionales.
- Olvido y pérdida de capacidad de gestión por parte de líderes y dirigentes barriales.
- Aprendizaje distorsionado por parte de la comunidad de pobladores de la construcción de lo público.
- Aparición de padrinazgos políticos como vía expedita para la resolución de necesidades.
- Docilidad y servilismo de sectores de la comunidad y sus dirigentes como actitudes centrales ante burócratas y representantes políticos.
- Baja presencia de individuos y organizaciones con pensamiento crítico, lo cual se refleja en la poca presión social y baja capacidad de incidencia que estas tienen.
- Desempoderamiento político y social.

Los bajos niveles de participación de pobladores: según Vásquez y González (2002), el mayor obstáculo que encuentra la gente en el contexto colombiano para involucrarse en procesos de participación ciudadana es la falta de información. La población no cuenta con la información suficiente para intervenir con conocimiento de causa en las deliberaciones públicas, en la formulación de iniciativas y en la fiscalización de la gestión pública. Pero tampoco hay una cultura de la información que la vuelva un ingrediente importante para la gestión social de los líderes y, en general, para el desempeño público de ciudadanos y ciudadanas. En las conversaciones con líderes, dirigentes y pobladores, se recoge esa idea generalizada entorno a la información, que explica el por qué la ciudadanía tiene dificultades para intervenir en los distintos ejercicios de participación.

Otro aspecto ligado a los bajos niveles de participación de pobladores y vecinos tiene que ver con el factor tiempo. Para nadie es un secreto que los procesos de gestión y participación implican para quienes se involucran, dedicación de tiempo para estar en reuniones y actividades diversas, que potencialmente podría ser empleado para el descanso u otras actividades de trabajo no formal que garantizan la sobrevivencia de las familias. Ese es un precio que pocas personas están dispuestas a asumir, y ello explica, en parte, por qué hay una proporción importante de líderes y vecinos participativos de mayor edad, casi siempre adultos mayores: por su disponibilidad de tiempo y también por cierta seguridad económica que les asiste, como el hecho de ser pensionados o derivar su sustento de hijos y nietos.

El tema del tiempo también ha sido motivo para que algunos líderes soliciten retribución por su dedicación y es el caldo de cultivo perfecto para que varios políticos entreguen honorarios a cambio de que esos líderes trabajen a favor de mantener sus redes electorales.

Limitaciones internas en las organizaciones comunitarias de los barrios: aunque cada organización tiene su propia dinámica y su realidad particular, se puede decir que de modo general estas presentan un conjunto de limitaciones y dificultades más o menos similares, razón por la cual se plantean, a manera de síntesis, los siguientes aspectos:

Refiriéndose a la disposición interna de estas organizaciones, se aprecia que se depende más de las personas que de reglas institucionalizadas, lo que otorga un gran poder de discrecionalidad a los dirigentes y reduce las posibilidades de democratizar la toma de decisiones. De ahí que muchas organizaciones, en especial las más tradicionales (como las JAC), tiendan a tener estructuras, como las califican Velásquez y González (2003), de caudillistas, dado que reducen al mínimo el papel

de la base social privilegiando que emerjan figuras y personajes mas no equipos y colectivos de trabajo.

De otro lado, se evidencia que estas organizaciones carecen aún de recursos técnicos suficientes para su desempeño en los espacios en donde se desenvuelven. Aunque es meritorio el aprovechamiento de algunos espacios de capacitación que se han presentado con la Escuela Superior de Administración Pública, ESAP, y la Central Hidroeléctrica de Caldas, CHEC; estas estructuralmente no están formadas.

Puede decirse que, en general, su trabajo es aislado y muy centrado en logros de corto plazo, pues muestran dificultades para trascender sus propios objetivos y proyectarse en el escenario público con proyectos de comuna y de ciudad. Esto es atribuible a que el barrio es la referencia territorio-identitaria que les da sentido, más no así la comuna. También vale decir que existen fuertes dosis de desconfianza hacia organizaciones de otros barrios y sectores, situación que ha impedido la creación de sinergias entre las organizaciones y sus líderes para actuar conjuntamente. Lo paradójico es que la desconfianza se constituye a su vez en componente de un círculo vicioso, pues desestimula la creación de iniciativas de cooperación y redes, restringiendo la vida de grupos a los lugares ya conocidos y la inexistencia de redes amplía la desconfianza mutua.

Declive, politización y deslegitimación de las Juntas de Acción Comunal: aunque han jugado un papel protagónico en la fase inicial de los barrios como aglutinadoras de los esfuerzos colectivos y mediadoras en la consecución de los servicios básicos, se convirtieron en pieza clave de la relación clientelista con los partidos políticos tradicionales y con programas asistenciales y entidades Estatales. En este sentido, la dirigencia local se fue acomodando hasta especializarse en “pragmáticos” consecutores de ayudas (auxilios, donaciones, partidas), más que en promotores de la organización y el desarrollo social del barrio.

Esto se acerca mucho a lo que Velásquez y González (2003) denominan participación-integración-cooptación: en donde las autoridades locales promueven en forma efectiva la participación, crean nuevas instancias de intervención ciudadana y manejan permanentemente el discurso de la participación, no tanto para que la gente gane autonomía y capacidad de interlocución con el Estado, sino, por el contrario, para que se acoja cada vez más a las orientaciones de los grupos políticos dominantes.

Pérdida de membresía y capital social por parte de las JAC: una dura realidad en los barrios de la Comuna es que en la medida en que se fue consolidando la infraestructura física, las JAC fueron perdiendo peso y sus afiliados empezaron

a desentenderse de su funcionamiento. Es muy probable que tal situación esté asociada con la creciente desconfianza de la ciudadanía en la política y los políticos, habida cuenta de la presencia del ethos clientelista en las juntas.

Así, en el decir de Velásquez y González (2003), se abre un abismo entre el ciudadano y la esfera pública, que de entrada constituye una poderosa barrera a la participación, pues a este concepto se la asocia erróneamente con la política y esto conduce a su estigmatización. Y no es para menos, pues varios líderes independientes así como residentes y pobladores consultados, perciben que en efecto, los agentes políticos tienen poco interés en respaldar los procesos verdaderamente participativos, y que hoy día en sus discursos y mensajes existe una mezcla de términos y conceptos relacionados con la participación para hacerlos más atrayentes y prometedores a quienes les escuchan.

Trabajo barrial sin perspectiva de articulación por fuera de esa división territorial: en el contexto nacional producto del florecimiento de organizaciones más allá de las JAC, se dieron así mismo formas y modalidades diversas de dirección, gestión y trabajo que emplearon esquemas muy versátiles como las coordinaciones permanentes, mesas de trabajo, comités autónomos, comisiones vecinales, entre otros, los cuales de algún modo ensancharon el panorama organizativo e inauguraron una ruta de trabajo en red.

Pese a ello, tal tradición no se ancló en el hacer organizativo de la Comuna 9, porque sus experiencias organizativas siguieron operando en el radio de acción barrial sin trascender hacia la comuna y sin articularse entre sí, lo cual habla de la existencia de una conciencia de barrio, como lo corrobora un líder consultado: “Los líderes de aquí pensamos en la cuadra donde vivimos y en el sector o barrio, del resto que cada uno haga por lo suyo”. Esto evidencia altos niveles de fragmentación de los actores locales, lo que impide la generación de sinergias entre ellos a favor del desarrollo local. La organización social es débil desde el punto de vista de su inserción en el escenario público por su visible fragmentación.

Poco relevo en los liderazgos: no aparecen en el panorama de la participación y la acción social los líderes nuevos que pretendan renovar las estructuras tradicionales de liderazgo.

Poca revisión de las prácticas organizativas: en el proceso estudiado se encuentra de manera nítida el deseo, implícito o explícito, de transformar las condiciones de vida materiales de la comunidad, pero las organizaciones están poco dispuestas a revisar las prácticas colectivas, chequear su incidencia sobre la cultura ciudadana, como tampoco el ejercicio de la gestión pública.

Baja incidencia y protagonismo directo de los pobladores: de manera general, podría caracterizarse por una escasa intervención de la ciudadanía en la definición de los asuntos públicos y una baja fluidez, en términos de interlocución, en las relaciones entre el Estado y la sociedad. Siempre ha habido intermediarios que impiden el desempeño directo de la opinión, el disenso, el planteamiento alternativo y la exposición de los sueños y aspiraciones genuinas de los pobladores, tanto antiguos como actuales.

Las opciones y miradas frente a la idea de desarrollo y transformación social han sido en su mayoría exógenas, concebidas y planteadas desde oficinas técnicas de la alcaldía y algunos programas estatales que hacen presencia en la zona; como también ha sido la imagen, casi siempre desenfocada, que imponen los grupos y facciones políticas que inciden sobre los barrios.

Así las cosas, en la zona hay un impacto negativo de esa intermediación que puede describirse en los siguientes términos: reducción de la participación ciudadana tanto en la formulación y diseño de intervenciones, como en la adopción de políticas públicas del ámbito nacional. La participación ciudadana se restringe en procesos de fiscalización y veedurías, y mucho más en la reivindicación de derechos. De otro lado, el terreno de actuación de los pobladores está delimitado a asuntos de “decisiones blandas” como la elección de representantes, recaudo de cuotas y asistencia a eventos que requieren legitimación de decisiones ya tomadas por los cuadros directivos.

En definitiva, frente a lo anterior, cabe reflexionar en la misma dirección de Fabio Velásquez y Esperanza González (2003), quienes proponen como eje estructurante de la gestión desde las comunidades, construir lo público. Esto implicaría para los liderazgos de los barrios y sus organizaciones, transformar sus imaginarios políticos y ciudadanos, fortalecer una cultura centrada en lo que es público, afianzar los lazos y las prácticas de solidaridad, el sentido de pertenencia, la construcción de identidades colectivas, la convivencia y la diversidad cultural, entre otros. Es un proceso en el cual están en evidencia el reconocimiento de los derechos pero también los deberes ciudadanos con relación a los asuntos de la vida pública en los territorios concretos.